

Teoría de la sombra

Mauricio Molina

*El sueño, en sus representaciones,
sombras suele vestir de bulto bello.*
Luis de Góngora y Argote

La hipótesis es la siguiente: el Universo que habitamos tiene un reverso. Este universo opuesto al nuestro se manifiesta en los reflejos de los charcos, los espejos y los cristales, pero sobre todo en las sombras.

Nadie puede deshacerse de su propia sombra. La sombra es el rostro secreto de las cosas: es la parte nocturna que habita en cada uno de nosotros. Aquello que carece de sombra se convierte en fantasma, en un ser inexistente, ya que sólo aquello que es sólido puede proyectar sombra.

Según la tradición céltica la sombra se desprende durante el sueño para reunirse con sus semejantes y habitar la noche. Los grupos indígenas del norte canadiense, por su parte, creen que a la hora de la muerte la sombra y el alma se separan del cadáver: el alma se dirige al mundo de los muertos, mientras que la sombra permanece cerca del muerto y es la que mantiene contacto con los vivos. A ella es a quien van depositadas las ofrendas sobre las tumbas. En muchas lenguas amerindias “alma”, “imagen” y “sombra” se designan con la misma palabra.

Para ciertas tribus africanas los muertos se alimentan de las sombras de las cosas, en tanto que los griegos hacían libaciones a los muertos al mediodía, es decir, a la hora en que las cosas carecen de sombra.

En el teatro de sombras oriental, se evidencia el carácter profundamente aparen- cial del mundo. La sombra nos revela nuestra naturaleza ilusoria, ya que ella —y sólo ella— puede entablar contacto con el otro mundo. Para el teatro de sombras el cuerpo no es más que el reflejo de la sombra.

La sombra pertenece al universo de lo indiferenciado, de lo informe. Al anoche- cer las cosas comienzan a jugar a los fantasmas: la silueta de los árboles se convierte en un espectro.

Los niños juegan a pisar la sombra del otro: intuyen que bajo el pie puede quedar atrapada. El psicoanálisis junguiano conje- tura que la sombra es una figura arquetípica que simboliza una parte del individuo, aque- lla que representa los contenidos reprimidos de la vida consciente. Según Jung, “cada uno es seguido por una sombra y cuanto menos se incorpore ésta a la vida conscien- te, más negra y espesa será”. La sombra es la morada de los monstruos internos, la patria de los demonios y los dragones, el rei- no de lo oscuro psicológico que representa las psicopatías y los miedos. La sombra se nos presenta, por así decirlo, como el lado oculto del ser, el negativo de lo real. La cali- dad de la sombra está determinada por su densidad y espesura. La sombra es abismal. Se res y objetos corren el riesgo de hundir- se, ahogarse en su propia sombra.

La sombra blanca de Hiroshima.

La sombra del cadáver en la escena del crimen.

La sombra insondable de Peter Schlemil.

La mujer sin sombra.

La sombra que nos ahoga con su falta de peso.

Sólo el sol no tiene sombra. Durante los eclipses de sol la sombra de la luna se proyecta sobre la tierra y en los de luna es la tierra la que proyecta su sombra sobre la luna. En esos momentos de excepción virtualmente cualquier cosa puede ocurrir.

Los hoyos negros de la astronomía son la ilustración más cabal de que la sombra es un abismo. La densidad de la materia es tal que la gravedad no permite que la luz pueda salir de esos lugares. Todo lo que está cerca se hunde en ellos. El tiempo se dilata, es decir, transcurre más lentamente: tal es el tiempo de la sombra. Se podría conjeturar que los hoyos negros conducen a un universo paralelo, acaso a un univer- so al revés donde las sombras y los reflejos proyectan seres sólidos. [1]

